

La Iglesia a ti confiada

El legado y la propuesta de Benedicto XVI

De la Iglesia vamos a hablar hoy. De “la Iglesia que no es un aparato; ni una mera institución; tampoco es una simple realidad sociológica. Es personas. Es mujer. Es madre. Es algo viviente” (Card J. Ratzinger, La Iglesia del Concilio Vaticano II, 1989)

Y de la Iglesia “que está viva y es joven”; de la que peregrina, sufriente y gozosa, de la de este comienzo de milenio y de la que tiene muchos años y mucha tradición acumulada, de la que está marcada por “la dictadura del relativismo” y en la que no faltan “suciedades” (Card Ratzinger) y de la que encierra en ella misma el futuro de la humanidad... de esa Iglesia quiero hablar. De la que le ha sido confiada al Papa Benedicto XVI.

Por mi parte, cada vez doy menos importancia a los simples cálculos humanos de lo que hará o no hará el Papa y de lo que pasa en la Iglesia. La Iglesia es humana y es divina a la vez y es conducida por Benedicto XVI y el Espíritu Santo. Después de esta importante declaración de intenciones me permitirá hacer algunas afirmaciones nacidas por una parte de una gran libertad y por otra de un cariño cada vez más entrañable hacia la Iglesia.

Detrás de esta reflexión hay una gran pregunta: *¿Será capaz Benedicto XVI con la carga que lleva sobre sus espaldas de pasado y con los instrumentos que tiene en sus manos construir nuevos puentes ahí donde se agranda la brecha de las divergencias y de las divisiones? ¿Será de verdad ponti-fice, constructor de puentes llevando de una parte el evangelio a los hombres y de otra los hombres al evangelio? ¿Nos ayudará a situarnos en ella con verdad y libertad? ¿Será capaz de transmitirnos esta convicción que es la mía: La Iglesia lleva en si misma el futuro del mundo?*

Sé que entre quienes me escucháis algunos sois críticos de este Papa y de esta Iglesia y otros os interrogáis sobre él y sobre ella; les habrá entusiastas, no faltarán los que todavía estáis a la espera para emitir un juicio sobre Benedicto XVI. Muy pocos seréis indiferentes ante su persona y sobre la coyuntura eclesial en que nos encontramos. *Para algunos sufre de parkinson y para otros en ella se han puesto las semillas de una reforma que todavía no brotan pero que llegarán a dar fruto.* Para unos y para otros puede servir esta reflexión-meditación.

1. Tentaciones que llegan cuando se reflexiona y se habla de la Iglesia

Si todos los tiempos están a la misma distancia de Dios y Dios ofrece a cada generación la medida necesaria de gracia, sin embargo cada generación tiene también sus urgencias y peculiares tentaciones. Descubrir las no es fácil y superarlas es difícil. Quiero evocar algunas de las tentaciones que he tenido al preparar esta conferencia sobre la Iglesia de nuestros días. Ya H. de Lubac había evocado varias de esas tentaciones en su *Meditación sobre la Iglesia*. Creo que la mayor parte de las que he tenido las he vencido; pero no todas.

Una de ellas ha sido el haber querido identificar la Iglesia con la comunidad marianista y querer que el todo, la Iglesia, fuera como la parte, la familia marianista. La Iglesia tendría que ser tan democrática, tan dialogal, tan fraterna, tan acogedora, tan ágil, tan integradora

de la mujer como lo es el grupo marianista. Lo habría hecho con la intención de defender lo propio y de valorarlo. De caer en esta tentación olvidaría que esta familia marianista necesita tomar más inspiración y gracia del todo que es la Iglesia para como decía San Ignacio “en todo acertar”. No hay duda que a la Familia marianista, dicho sencillamente, le hace bien ser más eclesial. La segunda tentación consistiría en entrar en la crítica dura de la Iglesia. He querido pararme a tiempo antes de proceder así. Pero alguna vez no dudo que haya cometido ese error. Sin embargo, la intención de la presentación de esta tarde es conseguir que brote en cada uno de nosotros un grande y filial afecto por la Iglesia y un sano orgullo de pertenecer a la Iglesia católica. Intentaré que brote de cada uno de nosotros y de manera muy espontánea el “mi querida Iglesia”.

La tercera tentación tiene que ver con lo nuevo. Me gusta lo nuevo y doy mucho espacio en mi vida a la creatividad, al “comenzar siempre” de Santa Teresa. La marca de la novedad la busco con ganas. Le pido al Señor con frecuencia “el coraje de recomenzar”. Por lo mismo, puede ser que en algún momento haya minusvalorado la tradición de la Iglesia, la santa tradición que nos remite a Pedro y a Pablo y a los y las grandes creyentes de los siglos pasados. La cuarta tentación se refiere a la falta de paciencia. Muchas veces cuando hablo de la aplicación del Concilio Vaticano II tengo la tentación de la falta de esperanza o, si se quiere, de la escasez de la paciencia que nos permite esperar. Por lo mismo, habría concluido que para el tiempo ya pasado es poco lo que ya ha cambiado en la Iglesia. Habría olvidado que solo quien va despacio llega lejos. Más de una vez, en fin, me ha pasado por la mente que la Iglesia es para los “puros”, las élites, los sabios y perfectos y los grandes, los santos... Sin embargo, creo que estamos más bien en los días de la misericordia y la compasión; los días en que deben conducir quienes pueden llegar a confesar con Pedro Casaldáliga: “Yo, pecador, me confieso soñar con la Iglesia, vestida solamente de evangelio y sandalias” (Mons. Casaldáliga). Las sandalias quieren evocar un ejercicio de la autoridad marcada por el servicio. Evangelio, quiere decir, buen nueva, bienaventuranzas, milagro, curación, pobres y libertad. Y sobre todo, hacer todo para nacer de nuevo.

2. Diversas miradas sobre la Iglesia

No hay duda que son diversas las miradas que se pueden tener del panorama que la Iglesia ofrece hoy en el mundo y en cada uno de los lugares donde está presente. Son varias las lecturas que se pueden hacer de la realidad eclesial. Estas dependen, en buena parte, de los ojos con los que se la mira y del lugar en que uno se coloque para “hacer la foto”. Al comenzar esta meditación sobre la Iglesia he querido tener tres miradas atentas a la realidad eclesial de hoy y quedarme con tres fotos que me han acompañado al hacer esta reflexión. La primera mirada ha sido para descubrir en la Iglesia luz, la segunda fuego y la tercera sal. Como veis, la máquina de fotos está hecha con copy riht de páginas de evangelio.

- La mirada de la luz

En la Iglesia se puede encontrar luz. La luz que permite enfocar bien nuestra vidas. La luz que la hace a ella misma luminosa e iluminadora. En algunos lugares y en algunas personas de la Iglesia hay una luz especial para acertar a caminar por este mundo y por esta sociedad actual en la que la confusión y la oscuridad no falta. Cuando se tiene la debida luz para enfocar bien la misión se evita que domine lo que solo es apariencia o lo que deslumbra. Así se logra que la Iglesia se centre en lo esencial y primordial.

La imagen bíblica de la luz, de ser *luz* y de dejarse iluminar corresponde bien a la realidad de la Iglesia. El creyente ahora más que nunca debe ser luz. Con esa luz verá lo profundo y lo nuevo y no se le escaparán nuevos compromisos como la ecología, el puesto de la mujer en la sociedad

y en la Iglesia, el indigenismo, los emigrantes, los divorciados, el anuncio de Jesucristo hoy, la transmisión de la fe, la propuesta de una espiritualidad sana. Pe tenido la suerte de encontrar luz en un hombre como el Card Martini tanto al leerlo, como al escucharlo y al hablar con él. Para él la luz para iluminar y estar iluminado viene de la Biblia, de la sana reflexión antropológica y del diálogo interreligioso. Con esa perspectiva los problemas de siempre pueden tener respuestas nuevas y sin duda las adecuadas.

- **La mirada puesta en el fuego**

Lo que más nos debe preocupar de la Iglesia no es tanto la novedad como la intensidad en la entrega de los creyentes a la misión. Lo más preocupante es que disminuya o desaparezca en ella el entusiasmo y la intensidad en lo que vive y hace. Nos debe preocupar cuando con lo que es y dice no consigue re-encantar a las personas. Esta intensidad en el deseo de que el Reino venga se traduce en un estilo de vida regido y dominado por la lógica del evangelio.

No hay duda que algunos movimientos eclesiales han acertado a poner intensidad en sus vidas y en la vida de la Iglesia. Yo he encontrado fuego, sobre todo, en los integrantes de uno de ellos, San Egidio y por eso me acerco a ellos para calentarme. Pero me alegro que no sea el único. El querido Cardenal Echeagaray me compartía que le ocurría lo mismo. Algunos de estos movimientos son como “aguijón en el flanco” de la Iglesia.

La invitación repetida en la Biblia de ser *fuego* corresponde bien a esta mirada sobre la intensidad de la Iglesia. Este futuro que no conocemos Dios lo prepara junto con nosotros. La semilla está puesta o mejor, el fuego está encendido. Este futuro que no conocemos Dios lo prepara junto con nosotros. El fuego tiene que llegar a una determinada intensidad para hacer hervir el agua. Es lo que pasa a veces en la vida de la Iglesia; la vivimos sin el grado de entusiasmo necesario para lograr encender la fe de los demás.

- **La mirada puesta en la sal, en lo específico, lo propio**

Recuperar vida en la Iglesia pasa por una concentración en lo esencial y sobre todo en lo original. Fuerzas y personas que se dedicaban a mantener estructuras y desempeñar funciones hoy están moviéndose hacia un cultivo más genuino del evangelio que es la raíz de todo carisma fundacional y hacia una presencia más transparente, significativa y específica del mismo. Cuando se mira atentamente la Iglesia se llega a ver testimonios genuinos del evangelio. No hay duda que estamos desafiados en el comienzo del nuevo milenio a recuperar lo específico, lo propio, la sal del creyente.

Lo específico es, sin duda, poner en el centro el amor que es don de Dios y tarea de los hombres. Para el P. Häring la verdadera identidad cristiana se muestra en cuatro señales y todas ellas derivadas del amor: gratitud, esperanza, vigilancia-serenidad y gozo. Lo podemos decir de una manera más sistemática y precisa. Los específicamente cristiano consiste en vivir en el ámbito de la comunidad cristiana y por la acción del Espíritu Santo el encuentro con Cristo resucitado; encuentro que conduce a una nueva identidad personal manifestada en estilo de vida caracterizado la generosidad y el servicio. *La Iglesia en sus momentos de más vitalidad y de más clara conciencia de su especificidad ha hecho una opción por el ministerio de la compasión, del consuelo, de la misericordia, de la hospitalidad y de la gratuidad.* Esto es lo suyo. Esto es lo que yo encontré hace poco en un encuentro largo con el Hno Alois, nuevo Prior de Taizé. En la comunidad de Taizé tuve la impresión que han dado con la sal del evangelio y saben poner sal en lo que viven y ofrecen y en su estilo de vida. Por eso han logrado pasar de una Iglesia poderosa a una Iglesia humilde y frágil, de una Iglesia rival y combativa a una Iglesia hermana y colaboradora, de una Iglesia que lo abarca todo y quiere dominar y a veces controlar a una Iglesia de encuentro; de una Iglesia de números y de multitudes a una Iglesia de signo y de calidad. La *sal* da sabor. “Sois la sal de la tierra. Si la sal pierde el sabor cómo lo puede recuperar... Vosotros sois la luz del mundo. Lo específico da identidad y fuerza; pone sabor y gusto. Lo incoloro, inodoro e insípido no lo

quiere nadie. Pareciera que en el momento actual hay un virus del sin sabor que hace demasiadas cosas sosas, irrelevantes e insignificantes, imprecisas y vagas. A ello hay que estar atentos.

En la Iglesia de nuestros días se encuentra luz, fuego y sal. Se trata de encontrarlo y para ello se precisa el instinto de la fidelidad creativa. Hay que ser capaces de contemplar estas fotos. Estas tres fotos nos proporcionan una mirada profunda de la historia de la Iglesia. Si proyectamos esa mirada a la historia se advierte que en ella siempre han estado en juego tres grandes causas: causa unionis (superación de la división interna); causa fidei (superación de errores, herejías) y causa reformationis (la reforma de costumbres). Una institución como la Iglesia en sus dos mil años de existencia ha visto casi todo en su historia. El acierto está en fijar la mirada en lo que nos asegura futuro.

3. El Papa no es todo en la Iglesia y la Iglesia no es solo el Papa

Antes de seguir adelante quiero hacer una afirmación clave: el Papa es decisivo en la Iglesia, es mucho pero no lo es todo en ella. Sobre todo no anula la gracia ni sustituye la responsabilidad personal de cada cristiano. Cada uno de nosotros es una micro iglesia. El clericalismo papista, que se advierte en algunos católicos, no es bueno. El Papa no debe ser ni mitificado ni minimizado sino situado en su debido lugar teológico. Con mucho acierto afirmaba Benedicto XVI en el mes de julio pasado que *“el Papa solo es infalible en contadas ocasiones”*. Cada Papa atiende unas urgencias y desatiende otras; favorece unas instituciones y relega otras. Pero la Iglesia es más que eso.

El cambio de Papa suele ser una ocasión propicia para que *la Iglesia repiense su misión y se pregunte sobre sus servicios a la humanidad. Con esa ocasión vive intensamente lo que es, lo que quiere ser, sus debilidades y sus aciertos*. Eso le ha ocurrido en el mes de abril del presente año. En esos días se hizo balance y se hizo propuesta, se tomó conciencia y se evocó el mensaje que un Papa transmitía y otro heredaba. Se tomó conciencia de la autoridad que deriva de la asistencia específica del Espíritu de Dios que les ha sido prometida a los que asumen el ministerio petrino para guiarnos y confirmarnos en la fe. *No hay duda que el Papado es “una de las creaciones más grandiosas y dignas de admiración que jamás haya existido”* (L. Von Ranke); merece la pena prestarle atención. Ha tenido desde antiguo una dimensión política y cultural, a veces hegemónica y siempre muy importante; ahora se ha constituido en una autoridad moral de primer orden que le ha concitado el respeto universal.

El que nos toca en estos días, es un “humilde operario en la viña del Señor” y da la impresión de querer *“arriesgar su vida por la verdad”*. Quiere empeñarse en poner juntos verdad y vida, identificar la pasión que ello puede suponer y llegar a las medidas que se consideren necesarias. El sabe de la lucha de las tinieblas para entenebrecer la verdad. El tiene una difícil tarea en un difícil momento histórico. *El hombre configura la misión asumida. Pero la misión asumida configura el hombre*. No hay duda que la nueva responsabilidad y el nuevo horizonte de Iglesia y de mundo ensanchará la mirada de Benedicto XVI, su pensamiento, sus decisiones y su magnanimidad. La inspiración que nos está llegando de su persona y por el ejercicio de su ministerio como Papa nos está llevando a la conclusión de que es una persona tocada por Dios. Sólo a través de personas tocadas por Dios, Dios puede volver a estar con los hombres. *Necesitamos de alguien que nos siga ayudando a mirar y a afrontar la vida y los retos del s. XXI de otro modo. Deseamos que Benedicto XVI sea capaz de rechazar la doble tentación: la de una Iglesia fragmentada y diluida y la de una Iglesia autista y aislada para poder apelar y afirmar en ella un impulso creativo y renovador. En el fondo estamos necesitados de*

alguien que de otro nombre a muchas de las realidades que ahora vivimos en la Iglesia y en el mundo. En algunos temas hemos llegado a un impase. Benedicto XVI nos debe ayudar a salir de él.

4. Unas grandes intuiciones

Esta Iglesia está como en germen en algunas grandes intuiciones del Papa Benedicto XVI. Una primera nos la ofreció el Card. Ratzinger en su encuentro con Habermans. De ese diálogo se concluye que *podría ser él quien nos introdujera en una a sociedad postsecular*. ¡Qué estupendo servicio!. El 19 de junio del 2004 en la Kath. Akademie in Bayern se organizó un diálogo de mucha altura entre J. Habermas y el Card Ratzinger, dos figuras significativas de la escena intelectual internacional. El diálogo fue todo un acontecimiento por el encuentro y la discusión entre los dos personajes tan influyentes tanto en el mundo intelectual como en el religioso. Los contenidos fueron fantásticos. Entre la tentación secularista que marca toda forma de cultura religiosa como regresión irracional y la tentación integralista que quiere imponer autoritariamente la verdad de una única fe religiosa, Habermas y Ratzinger abren la perspectiva de una sociedad postsecular en la que laicos y creyentes descubren el diálogo no solo como instrumento de necesario compromiso sino como método de una mutua interacción. La filosofía debe encontrar el gusto de la tradición y la religión el gusto de la inteligencia. Y la tentación secularista será superada.

La otra gran intuición a la que el Papa se ha referido ha sido la de la Iglesia como una minoría que lleva a un nuevo renacer. De Ratzinger es la intuición, varias veces compartida, que la Iglesia del futuro puede verse obligada a reducir sus dimensiones para poder seguir siendo siempre fiel. Considera que el destino del cristianismo a corto plazo es el de constituir *“una minoría creativa”*. También ha utilizado la imagen del *“grano de mostaza”*. *“Es probable que estemos ante una nueva etapa de la historia de la Iglesia en la que volvamos a ver una cristiandad semejante a aquel grano de mostaza que ya está surgiendo en grupos pequeños que gastan su vida en luchar intensamente contra el mal y devolver el bien al mundo”* (La sal de la tierra). *Al Papa le preocupa el que se llenen las plazas y al mismo tiempo se vacíen las Iglesias*. ¿Qué consecuencias puede tener todo esto?

Llegamos a una tercera intuición. Una cosa es el evangelio y otra muy distinta *su transmisión*. La transmisión de la fe se ha convertido en un gran desafío y de una manera especial en el continente europeo. Las dificultades para hacerlo bien son muchas y muy grandes. El gran teólogo de raza, Ratzinger, ponderaba bien estas dificultades cuando se comparó a un payaso. *“Ocurrió una vez... Se produjo un incendio en un circo situado a las afueras de un pequeño pueblo. El director mandó a un payaso, ya vestido para el espectáculo, a informar de lo que estaba ocurriendo a la gente del pueblo. El payaso trató de convencer a las personas agolpadas en la plaza que les dieran una mano a la gente del circo para apagar el incendio que se había producido en sus instalaciones. Los gritos del payaso se interpretaron como un truco del oficio. No logró convencer a nadie. Le aplaudían y se le reían hasta llorar. Hizo todo lo posible para convencerles que no era ficción, ni gajes del oficio sino que se trataba de una dura y triste realidad. Sus lágrimas no tenían otro efecto que el de intensificar las risas de quienes le veían y escuchaban. El espectáculo duró hasta que el fuego comenzó a extenderse por el pueblo. La ayuda llegó tarde. Desgraciadamente el circo y el pueblo fueron devastados por las llamas”*. Esta historia de Kierkegaard la recoge Ratzinger en su libro *Introducción al cristianismo*. El payaso representa al teólogo. A éste no se le toma serio. Habla y

escribe mucho pero nadie le escucha; lleva una etiqueta que le delata. La etiqueta de lo abstracto, lo racional, lo difícil, lo sublime, lo complicado. Así se refleja uno de los límites que tiene la teología. *“El que intenta difundir la fe a los hombres de nuestros días puede vivir la impresión del payaso o de un resucitado que sale de un vetusto sarcófago y que se presenta a los modernos con los vestidos del hombre antiguo y por tanto absolutamente incapaz de hacerse entender por ellos”*.

Añadimos otra intuición importante. La de la perspectiva amplia, la del gran horizonte. Significativo ha sido para BXVI la toma de posesión de la Catedral y de la Basílica de San Juan de Letrán. Benedicto XVI modificó el viejo rito. En el pasado el Card Protodiácono presidía una procesión en cuyo centro se colocaba un bastón de plata con tres mechas. Tres veces en la procesión que llevaba hasta el ábside de la Basílica el protodiácono le recordaba al nuevo Papa: “Padre Santo, así pasa la gloria del mundo. Eres el siervo de los siervos de Dios”. Esta vez la ceremonia se ha tenido en San Juan de Letrán. En ella al acercarse al altar y subir las escaleras el Papa se ha ido parando por tres veces y el Card Ruini le ha pedido que siga subiendo. No para ser superior a los otros *si no para poder ver más lejos y contarnos lo que ha visto*. La invitación a subir cada vez más arriba fue acompañada en el peldaño final de la lectura de un texto de San Agustín muy querido al Papa: *“Acuérdate que estás más arriba no porque seas el primero. Haz como el dueño de la vid que construye una torre para poder ver mejor la viña... Acuérdate que eres el siervo de los siervos de Dios”*. Este grano de humildad es sano y saludable para poder hacer algo importante en la Iglesia y para ofrecer alternativas a la misma.

5. Una clave que los explique todo en la Iglesia de Benedicto XVI

Damos un paso más. Buscamos la clave que explique este “proyecto” de Iglesia y el programa del nuevo Papa. Estas intuiciones que hemos presentado y otras muchas más ayudan a comprender la Iglesia que quiere Benedicto XVI. Pero más allá de las intuiciones, ¿dónde encontrar la clave que nos ayude a entender cómo será esa Iglesia que Benedicto XVI quiere impulsar? ¿Dónde dar con la estrategia que quiere seguir?

Nuestras vidas están hechas de esfuerzos diarios y de anhelos últimos, de proyectos realizados y de esperanzas insatisfechas que se convierten en el hilo conductor de las mismas. A veces se inician navegaciones que quedan interrumpidas a medio camino, como la de Jonás empeñado en marcharse de Nínive. ¿Cuál es la pasión primera y fundante de Benedicto XVI? No hay duda que es la pasión por la verdad. Lo que juzga y dignifica a un profesor es ser maestro y pastorear la verdad por la que da su vida. Ya desde hace años esto le ha llevado a Benedicto XVI a asumir la tarea de promover, exponer y defender la fe católica desde diferentes atalayas. En la que está ahora más de una vez habrá hecho suyas las palabras que Jesús le dice a Pedro, su predecesor: *“Te llevarán a donde no quieras ir... Tú confirma en la fe a tus hermanos”* (Lc 22,32). Esta misión supone hacer bien la síntesis entre fe, razón y vida; ayudar a crear, a poner juntos el anverso y el reverso de la moneda de la vida de la Iglesia. *Esto le exigirá acertar a vivir la vida en la verdad y la verdad en la vida*. Primordial es para Benedicto XVI la verdad. Una verdad que en su caso resulta ser muy meditada y ponderada. ¿Será lucidez lo que más transmitirá a esta Iglesia del comienzo del s. XXI?. Así parece. Quizás donde mejor ha expresado lo que él mismo llama su intento de fondo es en el libro-entrevista *La sal de la tierra* (P. Seewald): *“Ese intento se ha traducido siempre en el intento por liberar de las muchas adherencias e incrustaciones el verdadero núcleo de*

la fe restituyéndole así energía y dinamismo: este impulso es la verdadera constante de mi vida”.

Cuando se analizan los diversos pontificados no es difícil dar *con la clave que lo explica todo* y entrever el gran proyecto que les ha dado la perspectiva y el foco para entender la novedad que han traído a la Iglesia. También se advierte que con frecuencia los Papas no han realizado ni todo ni mucho de lo que se propusieron: Pío IX: no logró juntar el trono y altar; León XIII: no consiguió realizar su sueño social; Pío X: no alcanzó a terminar con los errores modernos; Pío XI y XII hicieron mucho pero no lograron imponer la *leadership* moral en el mundo moderno; Juan XXIII y Pablo VI apenas iniciaron la obra de renovación de la Iglesia. No hay duda que debemos decir que las figuras de los Papas son complejas e incluso contradictorias. Hay Papas que han conseguido mejor sus objetivos y otros peor.

¿Cómo procederá y cómo guiará la Iglesia Ratzinger Papa? No lo sabemos aún con mucha claridad. Solo disponemos de algunas referencias que nos las da el pasado y el presente pero no nos permiten identificar con la suficiente precisión el hilo conductor de esa existencia para llegar a precisar a dónde quiere orientar la Iglesia de nuestros días. Ello por dos razones. Una antropológica: la misión configura al hombre que la asume y se deja guiar por ella hasta el final; la otra es teológica-religiosa: para el católico en el presente y el futuro de la Iglesia está juego este hombre, toda la Iglesia, el resto del mundo y el Espíritu Santo. El resultado de la partida que jugarán estos cuatro jugadores no podemos aún predecirlo ya que apenas ha comenzado.

6. La Iglesia antes y después de Juan Pablo II: Desafíos que describen su realidad

En estos meses nos estamos empeñando en precisar la respuesta a esta pregunta: ¿cómo será la Iglesia de Benedicto XVI?. Bien sabemos que el hombre es ese extraño ser que se esfuerza en decir lo que es indecible, en pensar lo impensable y en responder a preguntas que en un momento concreto todavía no permiten respuesta. Con todo esta pregunta sobre la Iglesia de nuestros días la hacen y me la hacen mucho últimamente. Ahora trataré de responder a ella describiendo la Iglesia tal como yo querría que fuera en el pontificado de Benedicto XVI. Su modo de proceder me da pie a ello. *La Iglesia de ahora y de siempre es una forma concreta cómo la persona, el mensaje y el destino de Cristo perduran, son reavivados e interpretados en la historia, haciéndose él así compañero y contemporáneo de cada hombre.* La articulación se concreta en una “figura histórica” que admite muchas variables. Estas dependen del curso general de la historia, de la santidad o pecado de sus miembros, de la inteligencia y acción de quienes en ella tienen una especial autoridad, los obispos, el Papa, personas significativas surgidas a lo largo de la historia. Francisco de Asís cambió la historia, dice un buen historiador italiano más que todos los Papas del S. XIII. La sucesión de pontífices en el s. XX es ilustrativa: podríamos hablar de continuidad por contraste, de identidad por vuelcos, de corrección de curso por cambio de acentos. Así ocurrió con el tránsito de León XIII a Pío X, de Pío XII a Juan XXIII, de Pablo VI a Juan Pablo II. ¿Qué hará el sucesor de este? Creo que mucho va a depender de los siguientes elementos:

- De la primacía que de a Europa o a los otros continentes
- De la centralización romana o de la mayor responsabilidad de las Iglesias locales
- Del otorgamiento de la palabra a personas señeras o a los órganos sinodales

- De la confianza puesta en las grandes órdenes religiosas o en los nuevos movimientos
- Del relieve que siga teniendo la curia o importancia que se de a las Conferencias episcopales nacionales, continentales y a cada obispo en su diócesis
- De la dirección de la Iglesia desde órganos de autoridad o desde la cercanía del Papa a las Iglesias particulares
- De la preocupación por fomentar la piedad, la fe y extender la misión, construir Iglesias o por estar presente en la cultura de la marginación
- De la mayor atención a las expresiones de la fe explícita de los creyentes o a las formas de cooperación con otros creyentes y con los hombres y mujeres de buena voluntad.
- Del mayor o menor relieve que se de a la mujer en la conducción de la Iglesia

La historia de la Iglesia *está hecha de un continuo responder a esta gran pregunta: ¿ a quién sirve y para quién sirve?. Es un incesante identificar las grandes necesidades de los hombres y mujeres creyentes y de toda la sociedad que se convierten en verdaderos desafíos para la misma Iglesia.* Creo que en estos meses el mismo Papa ha evidenciado algunas de estas necesidades y la Iglesia ha tratado de dar nombre a otras. Lo que el Papa ha hecho o dicho y lo que ha dejado de hacer y decir da pie para presentar esta enumeración de desafíos y para intuir el “programa de acción” que está delante de nosotros y el rostro que tendrá la Iglesia.

- Dar un nuevo estilo de gobierno a la Iglesia

Se necesita una descentralización del sistema de autoridad, un ejercicio del primado diverso. Se tiene que intensificar la comunicación, la colaboración y la cooperación. La colaboración es algo que debemos hacer de todo para que se dé; algo que se tiene que querer con ganas, planificar con claridad y organizar con atención. Fruto de la eclesiología de la comunión se debe acentuar la sinodalidad y el hacer “camino juntos”. La colegialidad debe recuperar espacio y desaparecer toda huella de control por parte del gobierno central de la Iglesia. Desde una perspectiva más general, se tiene que afirmar que es necesario mejorar la libertad al interior de la Iglesia.

Todo esto pasa por una reforma de la Curia. *“Después del Concilio hemos hecho dos reformas de la curia por tanto no se debe excluir que tengamos una tercera”* (Card Ratzinger 1998). Benedicto XVI podría hacer esta reforma ya que conoce desde hace más de 20 años la realidad de la Curia. Se comienza a intuir que la quiere más sencilla, más eficiente, menos estructurada y con otro espíritu. Se esperaría cambios de personas y de estructuras. Algunos dicen que solo un conservador puede realizar esta tarea. Otros piensan que para esta inmensa obra se necesita un concilio. Yo soy de esta opinión.

- Responder a la búsqueda de sentido de una sociedad desencantada; volcarse en un anuncio apasionado de Jesús

Somos un mundo que presenta la gran paradoja del olvido y del anhelo de Dios, que lo siente vivo y lo busca. Sin embargo, vive de espaldas a él. El desafío consiste en juntar modernidad y fe. A la sociedad postmoderna le conviene hacer visible la religión y en especial la católica. Para ello no nos bastará con ser religioso sino hay que ser místico. Es muy exigente acertar en la respuesta a la búsqueda de sentido para una sociedad desencantada.

El creyente de nuestros días tiene que estar movido por una inmensa simpatía hacia la persona concreta. Al no creyente hay que ayudarlo a concebir su vida, como lo ha insinuado el Papa, como si Dios existiera. Los cristianos vivimos en esta realidad cultural en la que estamos metidos en un tiempo de “résilience”, palabra tomada de la física para indicar la resistencia de un material a los choques. Necesitamos la fortaleza en la fe. Es un acierto en la vida conseguir transformar las circunstancias difíciles en oportunidades.

Pero tenemos que ir más lejos. El desfase creciente con el cambio cultural que se ha dado en Europa, en Norteamérica y en el mundo desarrollado en general caracterizado por la libertad individual, la autonomía de la mujer y el derecho a la sexualidad en todas sus formas es muy fuerte. La negativa de la Iglesia a aceptar esa evolución de comportamientos, su defensa, con alguna frecuencia de tinte fundamentalista de algunos valores, de la masculinidad del sacerdocio, el rechazo a la sexualidad a excepción de la vivida en el matrimonio, la oposición frontal al divorcio y al aborto (incluido en casos terapéuticos) y el rechazo a componentes esenciales de la revolución científica biomédica han creado una brecha profunda entre la Iglesia oficial y una buena parte de los católicos. *Sobre estos temas no siempre es fácil saber lo que hay que decir pero cada vez es menos oportuno repetir algunas de las orientaciones que se han dado.*

- Estudiar y reproponer el tema de la ética cristiana y sobre todo de la cuestión antropológica de la moral sexual

Seguimos, en parte, con el mismo argumento. Los temas de la bioética son los más candentes. Benedicto XVI no dejará de ser coherente con la tradición y con el evangelio. El ethos cristiano es exigente y no ofrece mucho espacio a interpretaciones nuevas pero la Iglesia debe acertar a conjugar la fidelidad al Señor con su vocación de ser en todo momento ministro de misericordia. Se trata de evitar todo fundamentalismo moral y una proclamación de la verdad que sea capaz de hacer resplandecer la grandeza y la dignidad del ser humano en su fragilidad y debilidad pero también en su llamada a ser conforme a Jesucristo. Creyentes y no creyentes tenemos necesidad de una Iglesia misericordiosa.

- Un desafío urgente es el de la pobreza y la guerra: un pontificado al servicio de los pobres y de la paz

La pobreza cada vez es mayor y la dificultad para que quienes piensan y sienten diversamente vivan juntos y unidos es muy fuerte. Por eso se multiplican las guerras. El hambre en el mundo se puede terminar. El Papa debería hacer prioritario este empeño por la justicia. Solo así será creíble su palabra y su testimonio. Tendría que convertir la solidaridad en el principio central del nuevo orden mundial. Optar por los pobres es redescubrir el evangelio como buena noticia. La Iglesia tiene que echar su suerte con los pobres de la tierra. Ello supone una opción clara por una promoción y liberación integral, opción que parte de una creencia firme de que otro “mundo es posible”.

- Superar el impase del trabajo ecuménico y del interreligioso

Otra tarea sería el diálogo con las Iglesias separadas. Todas las Iglesias deben aprender a no caminar las unas sin las otras. Ello supone caminar juntos y llegar a ofrecer una palabra común. Se precisa una reforma del papado para hacerlo más conforme a la voluntad del Señor y ponerlo al servicio de la comunión. El ecumenismo auténtico pasa por la conversión espiritual, la purificación de la memoria, los gestos concretos, la búsqueda histórica y el diálogo teológico.

Incrementar el diálogo con las otras religiones es indispensable. Para ello hay que partir de la aceptación del pluralismo religioso. Este aspecto es menos fuerte en Benedicto XVI. No olvidemos que no asistió al primer encuentro de Asís y le costó mucho ir al segundo. Sin embargo, *“el nuevo Papa sabe – y lo ha dicho- que su función es hacer brillar delante de los hombres y las mujeres de hoy la luz de Cristo; no la propia luz, sino la de Cristo. Con esta certeza me dirijo a todos e incluso a los que siguen otras religiones o que simplemente buscan una respuesta a las preguntas principales de la existencia y todavía no encuentran una... No ahorraré esfuerzos y energía para seguir adelante el prometente diálogo ya iniciado por mis predecesores con las distintas culturas para que de la mutua comprensión se llegue a un futuro mejor para todos”*.

- Diálogo y movimiento intercultural

El cristianismo se auto comprende como religión universal. Sin embargo, actualmente a veces actúa como religión occidental con representaciones en otros ámbitos culturales. En un cierto sentido podemos decir que *la Iglesia católica es cada vez más romana en un mundo cada vez más globalizado y cada vez menos apostólica en un océano de sufrimiento humano*. Condición fundamental para que la religión pase de los principios a los hechos es la desoccidentalización de la Iglesia católica y su real ubicación en las distintas culturas en las que está presente. El cristianismo vive en un clima de pluralismo cultural y religioso que le exige renunciar a todo complejo de superioridad y a cualquier intento de hegemonía y establecer un diálogo simétrico con ellas en un clima de libertad.

- Mejorar las relaciones entre todos los integrantes del pueblo de Dios

El cristianismo antes de dialogar con otras religiones tiene que dialogar consigo mismo. Estas relaciones no deben estar conducidas por las exigencias del poder sino de la vivencia intensa de la comunión y el servicio. Las tensiones en la Iglesia se deben reducir. De la comunión en la Iglesia se ha hablado insistentemente en los últimos Sínodos. Pero no se advierten los frutos. Esas mutuas relaciones deberán ser nuevas y más intensas en los diversos niveles. *Es urgente que todos nos animemos a entrar en “la tienda del encuentro”, como nos invita Moisés y allí nos decidamos a una comunión vital*. Una de las palabras que se encuentran con más frecuencia en los escritos de Benedicto XVI es comunión.

- Prestar una atención especial a la vida religiosa

La VC ha resentido mucho el cambio cultural de esta época que ha marcado la Iglesia. En este momento está débil y poco elocuente. Esto empobrece mucho a la Iglesia. La misma VC parece descuidada y casi reducida a los tesoros del pasado. El Cardenal Ratzinger no ha escrito sobre la vida religiosa. Tenemos de él solamente su intervención en el Sínodo sobre la VC. ¿Qué piensa? ¿Cómo ve la vida religiosa?. Los religiosos estamos en espera de sus palabras y de su orientación.

- Revitalizar el clero

Al Papa le preocupa que se reduzca y que pierda calidad. Está dispuesto a hacer limpieza de las manzanas podridas como ha expresado un vaticanista norteamericano. Está preocupado, por supuesto, de la falta planetaria de sacerdotes. En las congregaciones de antes del Cónclave se trató sobre este tema. Habrá que hacer una reflexión y quizás llegar a unas decisiones sobre el futuro del ministerio sacerdotal en la

Iglesia. Se es pocos para mucho y se prefiere el ministro bien dotado y preparado al ministerio abundante y asequible a muchos y frecuente.

- Abrir de par en par la puerta a las mujeres en los distintos niveles de la Iglesia y diría lo mismo de los laicos en general

Darse cuenta que se trata de una cierta exclusión de más de la otra mitad de la humanidad y de la Iglesia. Urge incorporar a la Iglesia lo femenino. Para ésta es importante hoy tener y mostrar el rostro de un Dios que es madre. Teológicamente la mujer, “el elemento mariano”, es vital para la misión de la Iglesia. Con ella se espera poder vivir una etapa nueva, renovadora, innovadora de compromisos concretos. La Iglesia en mi opinión durante siglos y siglos ha pasado por la historia volando con una sola ala. Ha llegado el momento en que comience a hacer la travesía con las dos y así logre volar hasta el corazón del mundo. Las mujeres en la Iglesia constituyen una mayoría silenciada y silenciosa, invisible y ausente. La necesaria democratización de la Iglesia se debe hacer desde la perspectiva del laicado y del género. El género no puede ser motivo de exclusión. Al menos exige respeto a las diferencias y éstas no puede terminar en desigualdades. Es muy claro que no hay razones bíblicas, teológicas, históricas, antropológicas ni pastorales para seguir manteniendo la discriminación de las mujeres en la comunidad cristiana.

Creo que estos desafíos son queridos por muchos; son necesidades reales. No dudo que de una u otra manera estén en la mente y el corazón del Papa; que sean sus sueños y en el fondo su programa. Con Don Hélder Cámara podemos cantar: “Sueño que se sueña solo, puede ser pura ilusión, sueño que se sueña juntos, es señal de solución, soñemos juntos, compañeros”. Además como buen teólogo que es, Benedicto XVI sabe que la puesta en práctica de estos desafíos no solo no transgrede ningún principio dogmático de la fe cristiana sino que está en coherencia con el evangelio que es anterior al dogma.

Los desafíos presentados son muchos. Los años del Papa también son muchos. Me temo que las realizaciones se queden cortas y no satisfagan las expectativas y la impaciencia de los hombres. Sería injusto esperar todo si nos acordamos que ha comenzado su servicio petrino con 78 años. Le puede faltar tiempo para realizar lo propuesto. *¿Conseguirá hablar de un modo diferente sobre el matrimonio y la familia y de tal forma que se le tome en serio? ¿Superará su secreto pensamiento de que los cambios traen más costes que beneficios? Para él es claro que los principios y las grandes verdades de la vida están firmes como una roca pero, ¿será capaz ver con claridad lo que se debe cambiar y responder a las llamadas de la acción. (Call tu action). En inglés se habla de las tres “B” (believing (creer), belonging (pertenecer) y behaving (actuar). El creer debe llevar al actuar. Para esto el Papa necesita de mucha audacia. Esperemos que no le falte. Nos vendría bien acertar a describir adecuadamente nuestra real y genuina situación y mejor aún transformarla. Necesitamos salir de los lamentos y escuchar la persistente llamada a la acción. Hay urgencias en la vida de la Iglesia. Se ve con más claridad lo que no hay que hacer que lo que hay que hacer.*

8. Ratzinger toma a la Iglesia más atrás que su predecesor para llevarla más adelante del mismo

El cónclave al elegir sucesor de Juan Pablo II en la sede de Pedro fue a buscarlo entre los cardenales elegidos por Pablo VI. De los 115 electores solo tres pertenecían a ese

grupo. Uno de ellos Ratzinger. En este sentido Ratzinger viene de atrás y esperemos que vaya más adelante que su predecesor. Este hecho nos permite reflexionar un poco sobre la novedad que trae su pontificado y sobre el modo de vivir la realidad de la Iglesia en nuestros días. Con él nos llega algo distinto. Al mismo tiempo hay que decir que se dio una compenetración honda entre Juan Pablo II y el Cardenal Ratzinger. Esta cercanía les permitió hacer realidad una gran sintonía de pensamiento y una cooperación permanente. Con todo, no faltó una diferencia de acentos ante determinadas situaciones y decisiones. Pero no nos vamos a detener en este momento en las diferencias que son bastantes. Vamos a poner de relieve sus sintonías a partir de las cuales podemos entender un poco mejor el modelo de Iglesia que está a las puertas con la llegada de Benedicto XVI. *Es bueno diferenciar para unir y unir para enriquecer*. Estas serían las grandes coincidencias:

- El vigor de la fe, la intensidad de la oración, la confianza incondicional en el evangelio como potencia de salvación, el gozo de ser cristiano
- La reivindicación de la religión en cuanto que trae con ella una visión integral del hombre y de su eterno destino
- Humanidad y fe se interfecundan, persona y misión están pensadas por Dios para que se interaccionen. Iglesia y sociedad no son alternativas si no que cada una con su lógica propia debe mirar a la otra, ofrecerle sus posibilidades y aceptar tanto sus desafíos como sus esperanzas.
- La alegría de la fe, la serena convicción de que es posible ser gozosamente cristiano hoy en medio de tanto acoso, problemas y perplejidades. Cristo no es solo para tiempos de paz. La Iglesia debe ser misericordiosa
- Lo que está en crisis no es solo la Iglesia. Eso no sería tan grave. Lo que asombra y alarma es la dificultad del hombre para abrirse y confiarse a la verdad, para descubrir el bien y rechazar el mal como cimientos de su ser.
- La crisis de nuestro tiempo consiste en la crisis de Dios y en la desaparición de Dios del horizonte de la historia. La respuesta de la Iglesia solo puede ser una: *hablar cada vez menos de si misma y hablar cada vez más de Dios, testimoniarle y ser puerta hacia él.*
- La Iglesia está en la Cruz y con la cruz; es cruz. No podrá superar la crisis en la que está sin que la cruz esté incrustada en su cuerpo como un icono viviente. Puede ser que esta sea la última lección que el papado de Woytila y parte importante del legado a su sucesor.

Ratzinger se encuentra con una herencia gloriosa y difícil. Pero también con algunas grandes preguntas. Las masas que han acompañado y aplaudido a su predecesor *¿qué admiraban y buscaban: al mensajero o al mensaje?* No hay duda que Benedicto XVI se verá más inclinado a acentuar el mensaje y preocuparse menos del mensajero, es decir, de si mismo, de su figura, de su eco y recepción en los medios. Para él el hombre es también “el camino de la Iglesia” pero puede ser la complete diciendo que “el camino del hombre es la Iglesia”. La hoja de ruta del nuevo Papa tiene que incorporar este doble destino. El estilo será distinto y no sólo el estilo. Benedicto XVI no hará todo; hará el Papa y esperemos que no lo hago solo.

En esta tensión entre continuidad e innovación, mensajero y mensaje, historia vivida y novedad insospechable realizará Ratzinger su misión: devolver la fe en la humanidad y acrecentar la fe en Dios llegando *hasta una cultura de la fe dando un salto nuevo*: “Deberíamos tener el coraje suficiente para romper con mucho de lo que el hombre

contemporáneo considera normal, para volver a descubrir la fe en toda su sencillez. Ese descubrimiento sería muy fácil mediante un encuentro personal con Cristo. Cuando la fe ya he penetrado en el alma, la vida se orienta de forma muy distinta. Entonces podría surgir una cultura de la fe” (La sal de la tierra).

Con Benedicto XVI debería ir apareciendo una configuración concreta de Iglesia que le tendría que permitir albergar a la nueva humanidad desde el normal despliegue de lo que es su misión.

9. Actitudes nuevas frente a la Iglesia

Para entender esta Iglesia que el Papa nos deja intuir se precisan determinadas actitudes en él y en nosotros. Vamos a presentar en este momento algunas de ellas:

- Paso de una actitud de sospecha a una actitud de confianza en la Iglesia
Estamos viviendo bajo presión y bajo la exigencia y juicio del no creyente y con una mística de perdedores. La crítica de la religión, del cristianismo y de la Iglesia ha sido oportuna en la medida que ha contribuido a descubrir ciertas malversaciones del Evangelio, malformaciones de la Iglesia y patologías de la fe. Pero una vez hecho el diagnóstico del enfermo hay que volver a mirar al hombre sano. En nuestro caso hay que volver a mirar al evangelio con una mirada limpia y ver a Cristo con ojos amorosos. No se trata de proponer entusiasmos fáciles o ingenuos sino una fe limpia y lúcida que se sabe a sí misma gracia de Dios. *Desde la Iglesia lo que nos debe maravillar no es la incredulidad sino la fe. El que nos debe sorprender no debe ser el ateo sino el creyente.* El mundo nos aconseja el agnosticismo y nos lleva a pensar que nuestra razón es demasiado frágil para creer en Dios. Sin embargo, en un mundo tan fragmentado miles de personas siguen creyendo. Esto es un milagro de cada día. Hace bien saberlo contar.

- Paso de lo antagónico a la convivencia generosa en la fe
Nos hará mucho bien superar el mal entendido sentimiento trágico y antagónico, típico del siglo XX. Según ese mal Dios y el hombre son antagonistas. Donde Dios está presente no hay espacio para la libertad y el despliegue del hombre. Aquí se está operando una fatídica comprensión de la relación criador y criatura. Lo mismo pasa con la Iglesia. Se habla de un destrenzamiento del tejido Iglesia-sociedad, sociedad civil y comunidad eclesial. Se está pasando de la diferencia a la contraposición, dejando de lado la convivencia y colaboración. Hay autonomía de cada uno de los órdenes de la realidad; existe una clara diferencia entre las instituciones en las que el hombre nace y aquellas a las que libremente se adhiere.

La Iglesia vive la necesidad de mostrar su clara diferencia a la vez que la generosa y humilde convivencia con la sociedad civil. La sociedad y cultura ambientales son laicas y no tanto por las negaciones que anuncian cuanto por las convicciones que presuponen y las formas de vida que ofrecen. Por lo mismo *quien no cultive explícitamente la fe y no se integre en una figura eclesial concreta llegará un día que se encontrará a sí mismo internamente lejos de la fe, externamente lejos de la Iglesia y al final romperá con ambas porque se le habrá convertido en algo irreal.* Crear estas nuevas formas de comunidad sin retorno a ningún pasado ni tentación de ninguna secta, insertas en la Iglesia real es tarea fundamental para la pastoral de nuestros días.

- Paso de la gratuidad a la gratitud

La religión vale, sobre todo, por lo que es no por lo que hace. Dios no es un producto, una idea o un recurso sino una faz personal, una propuesta amorosa y un tu amigo. Hay que situarlo en el orden del encuentro. Dios es una realidad amiga, gratuita y libre. La Iglesia también. Es encuentro e intercambio. Nos ayuda a recuperar viejas palabras una vez que han sido purificadas por el silencio del tiempo y han pasado por el tamiz de la reconciliación. Entre estas palabras hay que situar: piedad, religión, adoración, santidad, gratuidad, servicio... La Iglesia es para nosotros una realidad gratuita, un don por la que nos llegan tantos otros dones.

Por lo mismo no puede faltar en nosotros la actitud de la gratitud a Dios y la Iglesia. San Ignacio invita a desarrollar esta disposición en relación con ella. Para él cuando se ama a la Iglesia se llega a *la actitud de la alabanza al Padre por el donde del misterio, de la comunión y de la misión de servicio eclesial*. San Ignacio recomienda mucho la gratitud en relación con la Iglesia. Esa alabanza es como una resonancia interior y exterior, llena de admiración, por la vida de la Iglesia. La vitalidad de la Iglesia, su variada riqueza, su creatividad llevan a la alabanza.

- Paso de la duda a la propuesta

Sólo cuando se tiene una profunda convicción de fe, cuando se cree en la Santa Madre Iglesia se puede llegar a la solidaridad y colaboración de la Iglesia con otros hombres y mujeres, creyentes o no creyentes. *Es importante salir del acomplejamiento persistente según el cual los grandes pronósticos de los maestros de la sospecha con respecto a la Iglesia no se han cumplido; y menos los hechos respecto de la ocultación de Dios intentada por la filosofía, la ciencia y la política*. Los sociólogos reconocen que los diagnósticos sobre la secularidad han fallado, que la fe perdura, que la Iglesia variará en sus actitudes y formaciones pero va a seguir afirmándose. Tenemos que compartir la profunda convicción de Benedicto XVI: “La Iglesia es por atribución la propiedad de Dios en el mundo. El auténtico templo son los seres humanos que Él vive. Cuenta la historia que Napoleón afirmó un día que iba a exterminar la Iglesia. Un cardenal que el escuchaba hablar así le contestó: Eso no lo hemos conseguido ni siquiera nosotros” (Dios y el mundo).

Todos necesitamos y debemos querer un evangelio fuerte y valiente que, precisamente por serlo, no debe temer a lo nuevo. Se ha llegado al momento de rechazar las posiciones meramente defensivas y adoptar una línea propositiva. La estrategia para llegar a esta meta se debe ponderar. Benedicto XVI en dos ocasiones ha señalado una. El 6 de junio indicó cómo se debe reaccionar contra el predominio del relativismo en la sociedad y en la cultura diciendo cómo había que proceder en Italia en relación con el referendo sobre la fecundación asistida. La segunda estrategia la ha señalado el domingo 2 de octubre al comenzar el Sínodo sobre la Eucaristía cuando afirmó que no se puede aceptar la reducción de la fe al dominio de lo privado y la correspondiente rechazo de Dios de la vida pública. Una parte del texto de la homilía ha sido presentado como un claro ejemplo de “un pesimismo lúcido”. De él se puede hacer una lectura peligrosa: sólo los que tienen fe pueden practicar la justicia y llevar adelante una acción política de buenos frutos. Por supuesto esta interpretación a la que menos le conviene es a la Iglesia.

- Paso de la crítica a una relación espontánea y afectuosa con la Iglesia

La cotidianidad de la vida política pone en evidencia una regla de oro: cualquier grupo internamente dividido recibe un duro castigo en las elecciones. Un grupo dividido no genera confianza. La Iglesia no podrá cumplir su misión de evangelizar en nuestro mundo si los cristianos no somos capaces de recuperar una relación más inocente, espontánea y afectuosa con la Iglesia visible. No podemos evangelizar sin conducir al seno de la madre Iglesia. No podremos conducir al seno de la Iglesia si nos situamos en el margen, a regañadientes o a la defensiva dentro de ella. Hacer una larga lista de todo aquello que nos permitirá reencantarnos con la vida eclesial, con su misión, con su apuesta por la vida, la justicia, la fe, la esperanza es una tarea grande y decisiva. Si hacemos ese recorrido experimentaremos que son verdad las palabras del poeta: solo soñando lo imposible se llega a lo imprevisible.

Las actuaciones de Benedicto XVI nos impulsan a dar estos pasos; sus palabras han empezado a romper los rígidos esquemas de quienes no entienden que la Iglesia está por encima de una mera división simplista entre progresistas y conservadores. Para él “el Concilio Vaticano II quería señalar el paso de una actitud de conservadurismo a una actitud misionera. Muchos olvidan que el concepto conciliar opuesto a conservador no es progresista sino misionero. Existe una auténtica crisis de fe que hay que cuidar y sanar. Para esta curación el Vaticano II es una realidad que debe aceptarse plenamente. Con la condición, sin embargo, de que no se le considere como un punto de partida del cual hay que alejarse a toda prisa sino como una base sobre la cual hay que construir sólidamente” (Informe sobre la fe).

10. Una Iglesia entre dos milenios: recuperar lo esencial. Eso es ¿reforma o transición?

Entre dos milenios nos encontramos todos en estos días. También la Iglesia. La existencia cristiana y de un modo especial la de la Iglesia está hecha de programación anticipativa y de espera suplicante, de continuidad y de contraste, de esfuerzo y de gracia. El cristiano debe programarlo todo y a la vez dejarlo todo en las manos de Dios como nos invita a hacer Baltasar Gracián: “Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese los divinos y los divinos como si no hubiese humanos: regla de gran maestro; no hay que añadir comentario”. En esta Iglesia y para esta Iglesia va a ejercer su ministerio Benedicto XVI. Quien lo ha llamado le dará la gracia suficiente para cumplirlo. Esperemos que la abundante prudencia no llegue a excluir o disminuir la audacia.

La fecundidad del ministerio del Papa dependerá mucho de él y de nosotros. *Ni predecir el futuro ni darle lecciones para su actuación ha sido mi intención. La experiencia de la Iglesia y de la sociedad del s XX debería hacernos radicalmente cautos a la hora de los pronósticos y de las previsiones.* Solo podemos aprender del pasado para no repetir los errores. En él ha habido mucho de imprevisible y lo seguirá habiendo en el s. XXI. Así lo esperamos. Y, por supuesto, es oportuno obtener la mayor claridad posible sobre el futuro. Con Benedicto XVI no debemos temer a un clima de contrarreforma. Tampoco un continuismo de llanura tanto de poder como de pensamiento. El Papa sabe de la profundidad de la crisis. *Por lo mismo, no hay que excluir que comience por consolidar los valores que considere fundamentales y se sitúe como Papa de una atinada transición.*

En la Iglesia todo va lento y en parte porque no se cambia por convicción sino por necesidad. Se cambia para salvar lo que se puede cuando todavía hay tiempo. De ahí que frente a la posibilidad de la contrarreforma exista también la posibilidad de la transición. De una transición hacia la tolerancia de comportamientos que preserven lo nuclear de la religiosidad y de la ética pero adecuándola a las personas reales y a las nuevas sensibilidades. Y de una transición hacia los pobres que son la gran mayoría y que viven en tierras y culturas lejanas sin que falten en ninguna ciudad europea. Si no es así, si la Iglesia se convierte de nuevo en azote de herejes, fabricante de condenas, en bastión de Occidente entonces una de las grandes fuentes de consuelo espiritual en nuestra historia podría ir secándose gradualmente. Está claro que Benedicto XVI no pretende abrir un período de contestación sino cerrarlo. Pretende restaurar sin destruir, renovar la piedra antigua, quitar lo que es ficción y superfluo *para recuperar lo esencial del vivir del creyente*. Podría ser esta la misión de Benedicto XVI. Y de paso transmitir a la Iglesia un soplo del aire fresco de Pentecostés.

Pero hay que proceder. No hace muchos días en la misma plaza de San Pedro un Obispo africano que yo considero un típico producto de la sabiduría de ese continente, de una piedad muy sentida y cordial y de una inteligencia excepcional, me confiaba: *Nos han cambiado la Iglesia*. La frase le salió con un tono y modulación de preocupado. En su afirmación tuve una primera impresión. Como si quisiera decir de un modo enmascarado: “Nos la han echado a perder”. Su preocupación merece la pena compartirla. Para él se han cambiado bastantes cosas; pero se ha optado por las poco importantes. Han quedado sin tocar las que se deberían haber cambiado, las vitales. Las que hubieran “producido” una Iglesia creativa, audaz y fuerte. Ha cambiado todo para no cambiar nada, concluía pensativo este Obispo. Quizás no se puede esperar todo de la noche a la mañana. Pero está claro que Benedicto XVI no nos dejará en el pasado; tocará cuestiones no convencionales que ni siquiera su círculo más cercano en el Vaticano espera. Así se expresaba H. Küng después de su larga entrevista con él.

Cambiar algo, quizás poco, para que así se cambie todo podría ser la desafiante misión de Benedicto XVI. Que Dios lo quiera. Contamos con la fuerza débil del evangelio. Padre, maestro y guía ha comenzado a ser para nosotros Benedicto XVI. A él nos estamos acostumbrando. *En él hay menos música y más letra que en su predecesor; ha bajado la voz pero ha aumentado el argumento*. Para él pedimos la bendición de Aarón que la liturgia sitúa en el primer día del año, festividad de la Madre de Dios:

El Señor lo bendiga y lo proteja
El Señor haga brillar su rostro sobre él y le sea propicio.
El Señor vuelva a él su rostro y le conceda la paz.

Madrid octubre 2005
Familia Marianista
José María Arnaiz SM